



El marxismo en América Latina. Entre el realismo de Haya de la Torre y la utopía de Mariátegui

PASQUALE, Sofia

Centro de Investigaciones de Trabajo Social.

Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas, LUZ.

Maracaibo, Venezuela

pakisofia@gmail.com

Resumen

En este artículo se analiza la entrada del marxismo en América Latina por medio de dos pensadores y activistas políticos como fueron Haya de la Torre y Mariátegui, ambos peruanos. Se cumple un recorrido sobre el pensamiento político de los dos personajes quienes compartieron un inicio de la actividad política animados por los ideales y método marxistas, considerados como único instrumento teórico y práctico para solucionar los atávicos problemas sociales y económicos de Perú; igualmente, se examina su separación en el tiempo, debido a un revisionismo y a una interpretación antitética del marxismo por parte de Haya de la Torre, respecto al ortodoxismo de Mariátegui.

Palabras claves: Perú, Haya de la Torre, Mariátegui, marxismo, revisionismo, indoamérica.

Recibido: septiembre de 2017

Aceptado: octubre de 2017

Abstract

In this article is analyzed the entrance of Marxism in Latin America through two thinkers and political activists such as “Haya de la Torre” and “Mariátegui”, both Peruvians. There is a journey through the political thinking of the two characters who shared a beginning of political activity encouraged by Marxist ideals and method, which is considered as the only theoretical and practical instrument to solve the atavistic, social and economic problems in Peru; also, its separation in time is examined, due to a revisionism and an antithetical interpretation of Marxism by the side of “Haya de la Torre”, related to the orthodoxism of Mariátegui.

Key words: Peru, Haya de la Torre, Mariátegui, Marxism, revisionism, Indo-America.

Introducción

“Vamos a América!” es el título de un artículo promocional de 1848 escrito por Étienne Cabet en *Le Populaire*, periódico fundado por él en 1833, donde se promocionaba la belleza de un mundo nuevo más allá del Atlántico; donde se hubiese podido realizar una nueva sociedad, basada sobre nuevos valores, una nueva visión de la propiedad y de la economía con reglas fundamentadas en una colectivización de los bienes y productos. “Vamos a América!” era como decir “¡vamos a recomenzar!”, un nuevo inicio para la humanidad europea.

Un grito de batalla implícito de muchas ideas utópicas que desde el cristiano Reino de los cielos hasta las propuestas del socialismo utópico y científico, desembarcaron luego de la independencia en muchos países de América Latina. Las Américas se habían independizado en nombre de los derechos del hombre y de la autodeterminación de los pueblos contra el colonialismo y el imperialismo, ahora era el tiempo de la justicia y de los derechos sociales ante la expansión de la sociedad capitalista. Todas las corrientes de pensamiento europeo prontamente tenían sus estimadores en el Nuevo Continente, sea en el Norte como en el Sur¹, y todas parecían tener cabida y aclarar una ruta a seguir en la existencia de los colonos.

El socialismo en América Latina

¹Se recuerda que el experimento social comunitario de “New harmony”, del socialista Robert Owen, se realizó en Estados Unidos en 1825. Y en América Latina, entre varios, se recuerda la experiencia de Vasco de Quiroga, obispo de Michoacán en Nueva España, quien, desde 1536 a 1565, inspirado en la obra de Tomás Moro Utopía, intentó materializarla en la región.

Más que una utopía, el socialismo fue asumido como una necesidad histórica por los latinoamericanos, para equilibrar los desniveles sociales existentes en el continente. En la primera mitad del siglo XIX, América Latina libera sus territorios de la dominación española, pero no logra al mismo tiempo cambiar la estructura política caudillista - militarista dejada por los ibéricos, con tendencias feudales en la gestión del patrimonio de tierra y en alianza con la Iglesia católica conservadora.

Al mismo tiempo y como resultado de tal política, su estructura económica era casi completamente preindustrial. Las actividades principales eran la extractivas y el textil, basadas sobre una total explotación del trabajo y por ende de los trabajadores. Afirma José C. Valadés, describiendo la dramática condición de los mineros mexicanos,

“La independencia política del país en 1821, permitió que se dieran los primeros pasos para introducir los sistemas industriales europeos. En 1823, en las minas del país eran empleados 44 mil ochocientos obreros y en las siete fábricas de hilados y tejidos 2 mil ochocientos. En las minas, la jornada era de 24 a 60 horas de trabajo consecutivo, siendo el salario de un real y medio por cada veinticuatro horas de labor”².

Frente a estas situaciones, a decir de Valadés, las organizaciones gremiales (Sociedades Particulares de Socorros Mutuos) crecieron en casi todo el Continente, estimulados por los valores revolucionarios de la Revolución Francesa de libertad, igualdad y fraternidad y de los derechos del hombre.

Antes de Marx, el socialismo utópico penetró en la cultura social y del trabajo de América Latina, con toda su fuerza ideal y utópica, donde más que un proyecto concreto y autónomo era un conjunto de ideas y anhelos para la creación de una sociedad más justa. Apoyándose en el ejemplo de la Revolución Francesa, se encuentran las aspiraciones del falansterio de Fourier, comunidad autosuficiente, donde no hay propiedad privada y se trabaja en acuerdo con las propias inclinaciones. La leyenda de la “Isla de Icaria”, de Cabet, donde hay democracia completa y comunismo que se funden en una única entidad. Así como se asumen las ideas de Saint Simón con su propuesta de reorganizar la sociedad en base a la ciencia y a la industria; o de Owen, quien oponiéndose al egoísmo e individualismo humano funda la comunidad ideal “New harmony”, sociedad perfecta, donde los seres humanos cooperan por el fin del bien común. Hasta Proudhon con su famosa “frase palanca” muy emotiva: “toda la propiedad es robo”, adoptada por todos los líderes marxistas hasta Lenin.

²Valadés, J.C., (2013), *El socialismo libertario mexicano (Siglo XIX)*, Rosa Luxemburg Stiftung, Mexico, p. 18.

Todas estas propuestas, así como las revoluciones en territorio europeo de 1848, el recuerdo de la experiencia de la Comuna de París y la publicación en 1870 en México del Manifiesto del partido comunista, atestiguó la internacionalización de la teoría socialista-marxista, dando cientificidad al mismo socialismo latinoamericano. Las ideas de justicia social, entran de tal manera en el imaginario colectivo de los criollos, que de manera diferente y según sus roles sociales, desean cambiar el destino de esta parte del hemisferio. Al flujo del pensamiento socialista contribuyeron también las grandes cantidades de inmigrantes que desde España, Alemania e Italia llegaron al Cono Sur del Continente en búsqueda de un nuevo inicio, para construir un mundo realmente nuevo, donde para muchos, se pudiese realizar la utopía comunista que liberaría a los pueblos de la opresión del capitalismo y de la explotación, construyendo una nueva civilización sin clases.

De igual manera, contribuyeron pequeños grupos de escritores, periodistas y profesores quienes, por medio de panfletos, periódicos y charlas, difundían el verbo socialista, permitiendo de tal forma una mayor visibilidad y difusión del marxismo. En 1884, Juan Mata Rivera tradujo El Manifiesto al idioma español en México, y en 1895 Juan B. Justo tradujo El Capital en Argentina, considerándose un gran aporte para su conocimiento en América Latina.

Sobre el origen de los núcleos socialistas o anárquicos en Latinoamérica, Eduardo Fornet-Betancourt sostiene que,

“Los partidos comunistas de América Latina no proceden de una base homogénea, sino que en sus orígenes nos remiten a una doble tradición revolucionaria, pues brotan, por una parte del seno de partidos socialistas que se radicalizan o se escinden de un ala reformista y otra a la revolucionaria; y, por otra, de la evolución de los sectores anarquistas hacia el bolchevismo”³.

Pablo Guadarrama señala que, por medio de la prensa se llegaron a conocer en muchas ciudades de América Latina las ideas socialistas y comunistas, así como los acontecimientos históricos en Europa, específicamente desde mediados del siglo XIX, hasta los comienzos revolucionarios del '48. Sin embargo estas comunicaciones, dice Guadarrama, no se limitaron a la sola información cronística, sino hicieron “un paciente trabajo de asimilación y utilización de dichas ideas para tratar de encontrar también soluciones a los problemas de esta región, aunque no se plantearan la instauración del socialismo”⁴

En ese contexto, si bien, como hemos afirmado, inicialmente las ideas socialistas llegaron a América, éstas fueron tomadas de manera imprecisa, a veces indefinidas y hasta ambiguas; con el tiempo y por la obra de varios intelectuales que se sintieron revolucionarios, las ideas se aclararon y se diseñaban

³Fornet-Betancourt, E., (2001), Transformaciones del marxismo. Historia de la recepción del marxismo en América Latina, Plaza y Valdéz Eds. Mexico, p. 58.

⁴Guadarrama, P., (1999), Despojado de todo fetiche. Autenticidad del pensamiento marxista en América Latina, Universidad INCCA de Colombia, Universidad Central de las Villas, Colectivo de autores bajo la dirección de P. Guadarrama, UNINCCA, UCLV. Cap. I, p. 1-72. URL: www.archivochile.com/Ideas_Autores/guadarramap/guadarramap00001.pdf (leído 8 de agosto de 2014)

los posibles escenarios para actuar comúnmente con los grandes partidos o la “cúpula” comunista europea, estructurada y gestionada sobre todo a partir de la época estaliniana por el Komintern.

Antonio Salamanca sostiene que el marxismo no se limitó a ser solamente una praxis histórica revolucionaria, sino también el encuentro “ha fecundado todos los ámbitos de la vida latinoamericana, sea la revolución, la economía, la sociología, el arte, la literatura, la filosofía, la teología, etc.”⁵. Y este encuentro de esperanzas, esta fusión entre el marxismo y los mitos de los pueblos de América ha sido, según Salamanca, fructífero, generando por más de un siglo expectativas revolucionarias que han florecido en

“Las revoluciones del pueblo sandinista, liderada por Augusto César Sandino; del pueblo salvadoreño, liderada por Agustín Farabundo Martí; del pueblo cubano, liderada por Fidel Castro y Ernesto Che Guevara; del pueblo chileno, liderada por Salvador Allende; del pueblo zapatista mexicano, liderada por el Subcomandante Marcos; del pueblo bolivariano de Venezuela liderada por Hugo Chávez; del pueblo boliviano, liderada por Evo Morales; del pueblo ecuatoriano, liderada por Rafael Correa, etc.”⁶.

Así como ha generado un amplio movimiento de pensadores entre muchos otros se recuerdan los argentinos Aníbal Ponce (1898-1938), Enrique Dussel (1934--); los bolivianos René Zavaleta Mercado (1935-1984), Álvaro García Linera (1962--); los brasileños, Caio Prado Jr. (1907-1990), Jorge Amado (1912-2001), Theotonio dos Santos (1936--); el costarricense Carlos Luis Fallas (1909-1966); el colombiano-venezolano Justo Soto Castellanos (1962--); los cubanos Nicolás Guillén (1902-1989), Raúl Fomet-Betancourt (1946--), Pablo Guadarrama (1949--); los chilenos Luis Emilio Recabarren (1876-1924), Pablo Neruda (1904-1973); los ecuatorianos Jorge Icaza (1906-1978) y Bolívar Echevarría (1941-2010); el guatemalteco, Miguel Ángel Asturias (1899-1974); el haitiano Jacques Stephen Alexis (1922-1961), los mexicanos David Alfaro Siqueiros (1896-1974), Diego Rivera (1886-1957), el alemán asentado en México Heinz Dieterich (1943--); los peruanos César Vallejo (1892-1938), José Carlos Mariátegui (1894-1930), Ciro Alegría (1909-1967); elsalvadoreño Miguel Mármol (1905-1993); los uruguayos Eduardo Galeano (1940--), y Sirio López Velasco (1951--); los venezolanos Ludovico Silva (1937-1988), Luis Britto García (1940--), Carmen Bohórquez (--)⁷.

Michael Löwy (2007), distingue tres periodos del marxismo en América Latina. El primero, un momento revolucionario entre los años 20 y la mitad de los 30, centrado en la teoría del peruano José

⁵Guadarrama, P., (1999), Tomado del libro “Despojado de todo fetiche. Autenticidad del pensamiento marxista en América Latina”, Universidad INCCA de Colombia, Universidad Central de Las Villas. Colectivo de autores, UNINCCA, UCLV, 1999. Capítulo I. págs 1-72. URL:http://www.archivochile.com/Ideas_Autores/guadarramap/guadarramap00001.pdf (visto el 8 de agosto 2014)

⁶Salamanca, A., *Marxismo en América Latina*, en *Refundación Revista Latinoamericana*, 22 de noviembre 2010. URL:<http://www.refundacion.com.mx/rev/index.php/hemeroteca/116-ediciones/noviembre-2010/marxismo/106-marxismo-en-america-latina.html> (visto el 5 de agosto 2014).

⁷Salamanca, A., *Ibidem*.

Carlos Mariátegui que desembocaría en la insurrección salvadoreña de 1932. El segundo periodo es definido por Löwy como estalinista, desde final de los años 30 al 1959, en el cual se impuso la línea de interpretación soviética, es decir, la revolución por etapas. La tercera etapa es el nuevo periodo revolucionario, a comienzos de la revolución cubana, donde se acepta la idea de la legitimidad de la lucha armada, representada por la palabra y la acción del Che Guevara⁸.

El mismo autor indica dos evoluciones que llama “tentaciones opuestas” del marxismo en América Latina, una llamada “excepcionalísimo indo-americano” y otro el “eurocentrismo”⁹. Dentro de la variedad de autores que puedan identificarse en estas dos macro áreas de la interpretación del marxismo latinoamericano, tienen un papel de relieve los peruanos Víctor Haya de La Torre y José Carlos Mariátegui. Ambos personajes fueron compañeros de lucha ideológica, trabajando juntos en varias actividades intelectuales como la edición del periódico Claridad, dirigido a obreros y a estudiantes, pero lentamente sus interpretaciones del marxismo tomaron líneas divergentes.

Haya de La Torre. El revisionista peruano.

Los dos intelectuales, si bien coincidían sobre los problemas generados por la colonia y el carácter oligarca de la cultura, identificaron una praxis histórica, un qué hacer diferente para resolver primero los problemas de Perú, y en segunda instancia generar una visión continental del marxismo. Sin embargo, Haya de La Torre comenzó a modificar su visión del marxismo y a alinearse más hacia la centro izquierda, considerando a la manera de los revisionistas como Eduard Bernstein, el comunismo como una forma de totalitarismo político y económico, influenciado por el estilo estaliniano de la gestión del poder personal, lo que contrastaba con su ideal concreto de democracia y libertad, que un socialismo moderado contemplaba y respectaba. A partir de tales inquietudes Haya de La Torre se desprende del marxismo ortodoxo y del estilo estaliniano, para fundar en 1924 el partido Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) con orientación hacia la centro izquierda, con vocación continental y desarrollar un proyecto que involucrara todo Indoamérica, intentando contextualizar el socialismo europeo en el espacio-temporal latinoamericano.

Para este pensador político, Indoamérica no puede vivir como simple reflejo de Europa (ni tanto menos de Estados Unidos), como comenta en su escrito El lenguaje político de Indoamérica, “Adventicio y frágil intento de vivir colgado a la sombra de follaje ajeno”¹⁰. Esto como posición intelectual y política ante aquellos que miraban a la inclusión de modelos filosóficos y políticos considerados universales, de proveniencia europea, tout court, de manera fácil e inmediata.

⁸Löwy, M., (2007), El marxismo en América Latina: antología, desde 1909 hasta nuestros días, LOM Ed., Chile, p. 9-10.

⁹Löwy, M., Obr. Cit, pp. 9-10.

¹⁰Haya de La Torre, V. R., (1979), El lenguaje político de Indoamérica, UNAM, México, p. 5.

“El gran modelo (el europeo), la maestra vieja y sabia ya no nos enseña a crear sino a destruir. Si los políticos “europeizantes” quieren seguir pegados y sujetos a lo que Europa impone en esta etapa convulsiva, no podrán hacer sino algo parecido al devoto suicidio de las viudas hindúes que debían arrojar a las piras devoradoras de los cadáveres de sus maridos en señal de fidelidad y sometimiento”¹¹.

Y con palabras proféticas e inclementes continúa,

“La experiencia del Viejo Mundo, en política –como en todas las ramas de la cultura– es punto de partida ineludible. Pero aplicada a nuestra realidad habrá de ser una fresca y diferente experiencia. Porque si es cierto que hay principios y reglas universales, sería absurdo llevar ese universalismo a todo”¹².

Y el “todo” está referido a América Latina. El mismo de la Torre, reportando las palabras del escritor y diplomático mexicano Alfonso Reyes, extraídas de un artículo publicado en una revista de La Habana, afirma que Indoamérica “no ha creado su lenguaje político, sino que adopta el Europeo” y que esta condición ha tenido repercusión en la solución europeizante de los problemas en la vida de América¹³.

Dice José Alberto de la Fuente a propósito del político peruano,

“Víctor Haya de La Torre realizó el esfuerzo inicial en formular un «marxismo vernáculo», diferente a la forma nacional del marxismo que propugna José Carlos Mariátegui, acusándolo de europeizante en contradicción con el indoamericanismo”¹⁴.

José Carlos Mariátegui. El mito de la revolución marxista.

Mariátegui funda en 1928 el Partido Comunista (luego se llamará Partido Comunista Peruano), en línea con la dirección política trazada por Stalin; es decir la idea del “Socialismo en un solo país”¹⁵, afirmada como nueva praxis ante la teoría de la “Revolución permanente” elaborada por Trotsky, para la difusión internacional de la revolución. Anclado a las ideas revolucionarias leninistas emergidas en la Tercera Internacional Socialista (1919), en la cual se tomó definitivamente distancia de los socialistas

¹¹Ibidem. p.5

¹²Idem, p. 7.

¹³Idem, p.5.

¹⁴De La Fuente, J. A., Víctor Raúl Haya de la Torre, el APRA y el Indoamericanismo, en Cuyo. Anuario de Filosofía Argentina y Americana, n° 24, año 2007, p. 79 a 101; p. 87.

¹⁵Esa fue la expresión que adoptó Stalin en el XVI Congreso del Partido de la Unión Soviética de 1925. La teoría de Stalin era la de desarrollar el comunismo dentro de los confines de la Unión Soviética, dado el atraso que tenía el país; también Lenin había pensado que el socialismo no podía

reformistas, Mariátegui se separa de su ex compañero de militancia, Haya de la Torre. De tal manera, reafirma con vigor las tesis de la dictadura del proletariado, la supresión del capitalismo y la República Internacional del soviét (consejo obrero), la abolición de las clases sociales así como la afirmación del socialismo como etapa previa a la realización del comunismo.

En el programa del Partido Socialista Peruano, redactado por el mismo Mariátegui, entre otras reivindicaciones, en el punto 8 se declara:

“Cumplida su etapa democrático-burguesa la revolución deviene, en sus objetivos y su doctrina, revolución proletaria. El partido del proletariado capacitado por la lucha para el ejercicio del poder y el desarrollo de su propio programa, realiza en esta etapa las tareas de la organización y defensa del orden socialista”.

Mariátegui sin duda percibía que el marxismo de Marx llevaba limitaciones; es decir que no contestaba a todas las cuestiones del mundo de la industria avanzada de la primera mitad del siglo XIX, pero él continuó creyendo que fuese el único método e ideología para seguir adelante y hasta ir más allá de Marx. “Lenin nos prueba, en la política práctica, con el testimonio irrecusable de una revolución, que el marxismo es el único medio de proseguir y superar a Marx”¹⁶, afirma Mariátegui.

El mismo concepto de libertad dentro del socialismo de futuro, tiene un carácter restringido a la exigencia de la revolución; y el pensador tiene existencia solamente si es funcional a la ideología revolucionaria. Fuera de la disciplina de partido la libertad de pensamiento no sirve a los intereses de la clase explotada y de su proyección revolucionaria, al contrario corre el riesgo de un aburguesamiento.

“El libre pensador a ultranza, se condena generalmente a la más estrecha de las servidumbres: su especulación volteja a una velocidad loca pero inútil en torno a un punto fijo. El dogma no es un itinerario sino una brújula en el viaje. Para pensar con libertad, la primera condición es abandonar la preocupación de la libertad absoluta. El pensamiento tiene una necesidad estricta de rumbo y objeto. Pensar bien es, en gran parte, una cuestión de dirección o de órbita”¹⁷.

El pensamiento de Mariátegui, deja vislumbrar la posibilidad de un traspaso de la doctrina marxista-leninista a otro país con pocas modificaciones, casi si la historia de Europa fuese similar a la América Latina. Dice Löwy,

afirmarse simultáneamente en todo los países y de manera igual, así como no lo era el capitalismo. A diferencia de Trotsky que pensaba extender la revolución a los países desarrollados.

¹⁶Mariátegui, J. C., (1985), En defensa del marxismo, Amauta, Lima, p. 126.

¹⁷Ibidem.

“Para cada aspecto de la realidad europea estudiado por Marx y Engels –la contradicción entre fuerzas productivas capitalistas y relaciones feudales de producción, el papel históricamente progresista de la burguesía, la revolución democrática-burguesa contra el Estado federal absolutista- se buscó laboriosamente el equivalente latinoamericano, transformando así el marxismo en un lecho de Procusto, sobre el cual la realidad era sin piedad “recortada” o “estirada” conforme las necesidades del momento.”¹⁸.

La figura controvertida de Mariátegui fue señalada por V.M. Miroshovski, consejero del Komintern de América Latina, quien lo acusaba de “romanticismo realista” en cuanto el peruano subrayaba la importancia del colectivismo agrario inca en la lucha socialista del Perú. Afirma Miroshovski,

“Lo original en el planteo de Mariátegui reside en que, para fundamentar su afirmación del carácter socialista de la revolución inmediata en el Perú apela a argumentos que parten del romanticismo nacionalista, de la idealización del régimen social inca de la fetichización ‘populista’ de la comunidad campesina”¹⁹.

Y continúa, “Sus puntos de vista nada tienen en común con el socialismo proletario. Sus ideas fueron los sueños utópicos de un intelectual pequeño burgués en un país campesino, atrasado”²⁰.

Este tipo de recriminación contra Mariátegui, ante la lógica de la ortodoxia soviética es algo de normal; tanto como son normales que las interpretaciones del ideario de personalidades multifacéticas como el activista político y pensador peruano, sean múltiples y a veces contradictorias. Como bien comenta Héctor Béjar,

“Una personalidad integral como la suya (Mariátegui) no es solo política: es cultural y puede ser vista desde ángulos diversos. Es el observador quien elige con sus opiniones y su época, alguna o algunas de esas facetas o investiga sobre otras todavía desconocidas”²¹.

Es decir que cada época y cada persona lee los clásicos según propia sensibilidad, inquietudes y esperanzas.

Ante el hortodoxismo dirigista soviético y el rigorismo doctrinario que expresaba, era muy difícil

¹⁸Löwy, M., Obra cit., p. 11.

¹⁹Miroshovski, V.M., El populismo en el Perú. Papel de Mariátegui en la historia del pensamiento social latinoamericano, (1941), en José Arico (Ed.), Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano, Cuadernos de Pasado y Presente, N. 60, Mexico D.F., Siglo XXI, 1978, p. 67.

²⁰Miroshovski, V.M., Idem, p. 69.

²¹Béjar, H., El mundo ideológico y político de José Carlos Mariátegui, en GRAMSCIMANIA, 7/6/2010. URL: <http://www.gramscimania.info.ve/2010/06/el-mundo-ideologico-y-politico-de-jose.html>. Leído 7 de mayo de 2013.

encontrar la misma interpretación del marxismo debido también a las diferentes situaciones históricas de los países y a las diferentes culturas. Tanto es así que para confirmar la fidelidad a la causa de la utopía comunista de Mariátegui intervino el amigo y compañero de partido Jorge del Prado, quien afirmó en respuesta a Miroshevski que Mariátegui había sido un “marxista leninista estalinista”, es decir un hombre que había respetado y tenido fe en todo el planteamiento de la “casa madre” soviética en su interpretación de la doctrina. En fin, no sería todavía un error considerar que Mariátegui quiso, deseó, auspició historizar, contextualizar e inculturar el socialismo con la tradición latinoamericana, en especial con la historia de Perú.

Siguiendo a Mariátegui, toda América Latina y primero Perú, es absorbida dentro de las categorías sociales, económicas y políticas europeas, que quitan cualquier especificidad al Continente americano. América Latina era una vez más cautivada y ahogada en el océano del pensamiento utópico europeo. Así muy claramente sella la diferencia entre los dos ideólogos peruanos Fornet-Betancour:

“Mientras Víctor Raúl Haya de La Torre acentuando la particularidad distintiva del “espacio-tiempo indoamericano” busca en su contextualización del marxismo la superación de éste en el sentido expreso de dejarlo atrás con una forma de interpretación superior, se preocupa José Carlos Mariátegui, quien por su parte subraya el carácter esencialmente mundial o internacional del socialismo, por incorporar la particularidad americana, sin negarla ni amputarla, sino con plenos derechos, en el contexto de la historia mundial”²².

Quien interpreta a Mariátegui como un ideólogo de ruptura con el frente ortodoxo del marxismo, lo ve colocado fuera de las directivas de la Segunda Internacional, si bien no convencido por la crítica aportada por Bernstein y los revisionistas. En su formación conviven varias almas. Ciertamente el romanticismo, que crea una imagen sobria o idílica del marxismo, que permite rescatar, como dice Löwy, los valores o imágenes del pasado pre capitalista, así como permite un retorno a los mitos históricos de la inocencia perdida y de una perfección cosmogónica y estructural social para rescatar; a un renacimiento de la sociedad arcaica, que integre todas las conquistas de las técnicas de la civilización europea; al quijotismo de una muniana memoria²³.

Mariátegui, en un escrito sobre Gandhi de 1924, haciendo referencia a la revolución como momento quijotesco de la historia, a la relación entre secular y místico, como juego existencial entre mitos, fe, el ideal y materialismo histórico, afirma:

“El socialismo y el sindicalismo, a pesar de su concepción materialista de la historia, son

²²Fornet-Betancour, E., *Obra cit.*, p.113.

²³Löwy, M., *El marxismo romántico de José Carlos Mariátegui*, en http://www.archivochile.com/Ideas_Autores/lowy_m/lowy0002.pdf; p. 2. Con-

menos materialistas de lo que parecen. Se apoyan sobre el interés de la mayoría, pero tienden a ennoblecer y dignificar la vida. Los occidentales son místicos y religiosos a su modo. ¿Acaso la emoción revolucionaria no es una emoción religiosa? Acontece en el Occidente que la religiosidad se ha desplazado del cielo a la tierra. Sus motivos son humanos, son sociales; no son divinos. Pertenecen a la vida terrena y no a la vida celeste”²⁴.

Para regresar al momento histórico pre-capitalista, donde según Hegel se realizaba el Espíritu Absoluto, el reino de la filosofía, del arte y de la religión, ocurre luchar contra del Espíritu Objetivo constituido por las relaciones sociales, el derecho, el Estado, la economía, por medio de la revolución que afirmaría el comunismo que dominaría la vida económica capitalista. En eso Mariátegui siguiendo la línea de rescate del marxismo utópico, intenta recuperar la idea de comunidad ideal de las colectividades tradicionales como la incaica, a la manera del ideólogo de la revolución campesina rusa Alexander Herzen, cuando escribió (en una carta de 1851 dirigida al historiador francés Michelet) que el futuro en Rusia pertenece a los campesinos, tal como en Francia pertenece a los obreros. En realidad Herzen creía que será la comuna rural de propiedad colectiva –la obshchina- que había sobrevivido en Rusia, y que formaría los fundamentos del socialismo antes que la fábrica de propiedad colectiva. El desarrollo capitalista según Herzen podía evitarse en Rusia. Escribió al político y activista italiano Giuseppe Mazzini: “Yo creo que no puede haber una revolución en este país, si no es una guerra campesina”²⁵.

Ciertamente, si se interpreta la postura intelectual de Mariátegui a pesar de aparecer vinculado a un socialismo ortodoxo y revolucionario como lo de Lenin, parece también ser influenciado por el planteamiento de Herzen y, no último, por las instancias del socialismo utópico de George Sorel, quien denunciaba la ilusión del progreso e interpretaba el socialismo como una cuestión moral. Mariátegui entre las varias influencias, acogió también el sentimiento profesado por el romanticismo mediándolo con un contorno revolucionario socialista un poco utópico y un poco leninista. Aquí, quizás estaría su originalidad. Como el filósofo alemán Arthur Schopenhauer sostiene, el mundo y la realidad es una representación personal; pues para Mariátegui, sería una interpretación que conducía a una acción revolucionaria y románticamente idealista al mismo tiempo.

Marx y Engels, en el prefacio a la segunda edición rusa (1882) del Manifiesto, se interrogan sobre el papel de la comuna campesina (obshchina) en la inédita sociedad comunista:

“Cabe, entonces, la pregunta: ¿podría la comunidad rural rusa –forma por cierto ya muy

sultado 27/02/2014.

²⁴Löwy, M., *Mística revolucionaria*: José Carlos Mariátegui y la religión, en *Utopía y Praxis Latinoamericana*, v.10, n.28 Maracaibo, ene. 2005. URL: http://www.scielo.org.ve/scielo.php?pid=S1315-52162005000100003&script=sci_arttext.

²⁵Cliff, T., (1975), *Lenin: La construcción del partido, 1893-1914*, Eds. De Intervención Cultural, SL. En: <https://www.marxists.org/espanol/cliff/lenin/cap1.htm>.

desnaturalizada de la primitiva propiedad común de la tierra- pasar directamente a la forma superior de la propiedad colectiva, a la forma comunista, o, por el contrario, deberá pasar primero por el mismo proceso de disolución que constituye el desarrollo histórico de Occidente?”.

Como se puede entender desde este tipo de planteamiento de la cuestión social, al límite entre pensamiento abstracto y realidad histórica, Mariátegui dirige su atención hacia el potencial del campesinado incaico, como forma más similar a la citada por Marx y Engels, visto también la presencia mínima de un desarrollo industrial así como de una clase media en el Perú del primer Novecientos.

Conclusión

La teoría marxista, con sus variantes continentales y culturales, incluyendo sus interpretaciones localistas, debido a las diferentes situaciones de la estructura socioeconómica de los países, ha permeado el orbe. En América Latina las propuestas del socialismo utópico llegaron pronto debido en parte a la inmigración de numerosa clase obrera desde Europa, al gran intercambio cultural debido al frecuente traslado de intelectuales latinoamericanos en al viejo continente. El caso peruano de la presencia del marxismo analizado en este artículo, es interesante por dos motivos sustanciales. El primero es que Haya de la Torre ha sido uno de los principales revisionistas del ortodoxismo marxista del continente americano, alineándose a la grande socialdemocracia internacional con la fundación en 1924 de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), que será punto de referencia para los futuros partidos socialdemócrata americanos. Segundo en cuanto Mariátegui es el fundador en 1928 del primer Partido Comunista Peruano leninista de América Latina, que inicialmente se llamaría Partido Socialista, siendo integrante de la Internacional Comunista.